

LOS POETAS VERANEAN GRATIS

El costo de la vida sube vertiginosamente, no hay duda; los hoteles son carísimos y no hay manera de financiar un verano. Pero el ingenio nacional ha encontrado solución: publique una "plaquette" de versos, escriba cartas rimbombantes a los autores de parecidas "plaquettes" y las que usted reciba, en justa retribución, publíquelas en los diarios. Usted ya es poeta, y por la gracia de un manager gris —cuyo nombre como el Dios de los hebreos nadie pronuncia pero todos conocen— usted merece veranear en Pirápolis una semana. Tendrá que engullir algunos centenares de sonetos, varias docenas de odas y padecer inagotables versos libres. Pero el mar, la playa y la sierra, la buena comida y la consiguiente siesta compensarán, sin duda, ese desgaste cerebral.

Sin contar con que ascenderá varios escalones en su carrera, por haber conocido a especies similares a la suya nacidas en otras partes del mundo, a quienes usted elogiara, por quienes usted será elogiado, y ¿por qué no? invitado a otras tertulias de veraneo en otros centros recreativos. Es la ley de la compensación, también llamada del "toma y da-

ca" que para muchos suspicaces preside estas reuniones.

En cuanto a los extranjeros, una invitación para veranear gratuitamente no se desdén nunca y se paga con una sonrisa, más aún si la invitación va acompañada de un espectáculo lo suficientemente folklórico y divertido como para dar lugar al comentario risueño cuando hayan vuelto a sus casas.

No tienen por qué saber que el barco, el ómnibus y el alojamiento van a cargo de la en apariencia inagotable ubre del estado uruguayo, a quien en cambio le faltan recursos para publicar libros. Ni tienen por qué inquietarse acerca de la forma en que se administra esa canonía y en qué complicidad se reparten las migajas.

Pero conviene decirles, hoy que desembarcan en número mayor al de los treinta y tres orientales, que la "semana criolla" de que van a participar no es más que un remedo caricaturesco y lamentable de nuestra cultura, y que entre las figuras mayores de nuestras letras —y no hablemos de los jóvenes— son muchos los que se resisten a patrocinar, con su presencia, este festín risible.